

Algar  CALCE TÍN

Piratas en zapatillas

Teresa
Broseta

Dibujos de
Rodrigo
Lujan



Capítulo 1

Una tarde muy triste

Eran casi las siete de la tarde. Estaban sentados en el mismo banco del parque desde las cinco y media, con las piernas colgando, y no parecían tener intención de moverse. Sabían que era hora de volver a casa y, aun así, permanecían inmóviles. Sabían también que, si no volvían pronto, en casa iban a ponerse verdaderamente furiosos. Especialmente sus madres, con el carácter que tenían... Y una madre furiosa es la peor de las fuerzas de la naturaleza. Mucho peor que un huracán, más terrible que un tornado, más poderosa que un volcán en erupción... No, ninguno de los tres tenía ganas de enfrentarse a una madre furiosa. Y, pese a todo, seguían sin moverse.

Vistos de lejos, inmóviles y silenciosos en medio del parque vacío, parecían tres figuras de cera, tres muñecos abandonados a su suerte. De cerca, sin embargo, ni con la mejor voluntad se les podría confundir con figuras de cera... Por las mejillas de Ana corrían unos lagrimones gordos como garbanzos, que dibujaban caminitos blancos sobre la espesa capa de mugre que le cubría la cara. A su lado, Bea dejaba escapar unos sollozos ahogados que agitaban sus hombros puntiagudos por más que intentaba controlarlos. Y, junto a ella, Adrián se mordía los labios temblorosos y casi despellejados. Hacía ya un rato que no lloraba, pero sus mejillas mostraban los mismos regueros blancos que las de Ana. Con la voz rota, exclamó una vez más:

—¡Es que no me lo puedo creer!

En eso estaban los tres de acuerdo. Llevaban intentando creérselo desde las cinco de la tarde, pero no había manera. Porque a las cinco, después del colegio, habían corrido como todos los días al quiosco de Bruno. Iban todas las tardes, sin faltar una, aunque casi nunca tenían dinero para gastar en chucherías. Pero Bruno se las arreglaba siempre para regalarles algo: unas gominolas que llevaban demasiado tiempo al sol y estaban un poco pringosas, unos caramelos que se habían caído al suelo y estaban rotos en mil pedazos, una barrita de regaliz que, misteriosamente, se había partido en tres tro-

zos... ¡Era fantástico el viejo Bruno! Y, sobre todo, siempre estaba dispuesto a darles conversación. Les contaba montones de historias, algunas tan complicadas que duraban días y días. Las contaba tan bien, y con tanto entusiasmo, que era difícil no creérselas a pies juntillas... Casi siempre eran historias de piratas, el tema favorito de Bruno. Aunque sólo había visto el mar un par de veces en su vida, sabía sobre piratas todo lo que hay que saber y un poquito más, que él ponía de su propia cosecha. Oyéndole, se podría pensar que había recorrido los siete mares de punta a punta y que había tomado parte en las más furibundas batallas navales. Sentados a su alrededor, los tres amigos olvidaban cada tarde que, en realidad, sólo era un viejo y amable quiosquero. Salían siempre del quiosco con los ojos brillantes y las mejillas ardiendo, discutiendo apasionadamente los pormenores de la historia que acababan de escuchar.

Pero esa tarde las cosas habían resultado distintas. Se plantaron jadeantes ante la puerta del quiosco y la encontraron cerrada por primera vez. Sobre la persiana metálica, una hoja de papel mal pegada explicaba: «Cerrado por defunción del dueño». Les llevó un buen rato descifrar el cartel, porque estaba escrito a mano y con una letra desigual y temblorosa. Cuando lo consiguieron, se quedaron perplejos:

—¿Defunción? ¿Qué es una defunción? —preguntó Bea con su vocecilla aguda.

—Ni idea —contestó Adrián, encogiéndose de hombros. En las historias de piratas que les contaba Bruno no había salido nunca esa palabreja...

—Será que Bruno ha ido al teatro —sugirió Ana. Y, ante el gesto de extrañeza de los otros, explicó—: A ver una función...

No parecían muy convencidos, ni siquiera la propia Ana. Que Bruno cerrara el quiosco una tarde de lunes era un hecho verdaderamente insólito, y una función de teatro parecía insuficiente para explicarlo. Además, que Bruno no les había dicho nunca que le gustara el teatro, qué caramba. Y, a estas alturas, se lo había contado todo... No, tenía que ser otra cosa.

De esas cábalas vino a sacarlos Carmen, la de la frutería, una mujer reseca y avinagrada que nunca les había caído en gracia y a la que odiaron profundamente desde ese momento y para siempre. Asomó la cabeza por la puerta de su tienda, entre cajas de naranjas y ramas de perejil, y les soltó a bocajarro:

—¿Ya sabéis que se ha muerto Bruno? —Y volvió a meter la cabeza dentro de la tienda, como se mete una tortuga en su caparazón, tan tranquila como si acabara de comunicarles que Bruno se había ido de vacaciones al Caribe.

¡Vaya una manera de dar las noticias! A Adrián se le atragantó el bocado de pan con mortadela, y pasó un buen rato antes de que dejara de toser y de escupir miguitas de pan empapadas de saliva. Bea se quedó muda, cosa de por sí milagrosa, y a Ana se le llenaron inmediatamente los ojos de lágrimas, como siempre. Ana lloraba por todo. Lloraba si su equipo de fútbol ganaba la final y si la perdía, si tenía buenas notas y si las tenía malas, si le daban permiso para ir de excursión y si se lo negaban. Bruno solía decirle, en broma, que su vida era un valle de lágrimas... Escupiendo pan y mortadela, Adrián exclamó, mirándola de reojo:

—¡Menuda función!

Ana lloró con más fuerza y, entre sollozos, se defendió:

—¡Yo qué sabía que una defunción era morirse!

Ninguno lo sabía, y hubieran estado encantados de pasar muchísimo tiempo más sin saberlo. Los tres amigos, sin decir palabra, se dirigieron lentamente hacia el parque vecino y se dejaron caer sobre el primer banco que encontraron. Por una vez, estaban todos vacíos. ¡Nadie tenía ganas de parque, con ese viento helado que atravesaba hasta la chaqueta más abrigada y se metía en los huesos!

Y allí estaban desde entonces, comiéndose de mala gana la merienda mojada de lágrimas y sin

acertar a explicarse cómo podía haber pasado aquello. Cuando Adrián exclamó, por enésima vez, que no se lo podía creer, Bea rompió su silencio para murmurar:

—No era tan viejo, ¿verdad? Yo creía que había que ser viejísimo para morirse...

—No digas bobadas —cortó Ana, tajante—. ¿Y mi padre? No era ni la mitad de viejo que Bruno cuando se murió...

Se hizo otra vez el silencio. Era verdad, el padre de Ana había tenido un accidente mortal hacía un par de años. Pero había sido eso, un accidente. ¡Bruno, que ellos supieran, no había tenido ningún accidente!

—Puede que estuviera enfermo... —murmuró Adrián.

—¿Y no nos había dicho nada? —se indignó Bea.

—Para que no nos pusiéramos tristes. Bruno nunca quería que estuviéramos tristes... —recordó Ana.

Eso también era verdad. ¿Qué hubiera dicho Bruno si los hubiera visto con esas caras tan largas? Adrián soltó una risita:

—Nos tiraría de la nariz, como siempre.

—Y nos diría eso de «¿Qué pasa, bacalao? ¿Que está *nublao*?» —añadió Bea.

—Y lo de «a mal tiempo, buena cara» —rió Ana.

Ya se reían los tres. Se habían reído tantas veces gracias a esas cosas de Bruno... En realidad, las cosas de Bruno eran lo único que les hacía reír. Ana siempre había sido un poco llorona, pero desde el accidente de su padre parecía que nunca conseguía tener los ojos secos del todo. Echaba de menos a su padre, y Adrián echaba de menos una pierna izquierda como la de todo el mundo. La suya, no sabía por qué, era mucho más corta de lo normal, flacucha y blanda como si no tuviera bastante hueso por dentro. Así que no tenía más remedio que llevar un aparato de hierro que le sujetaba la pierna, y además una bota con una suela gordísima para que su pie izquierdo pudiera ponerse a la altura del derecho. Le habían contado que, de muy pequeño, le operaron esa pierna varias veces, pero él no tenía ningún recuerdo de todo aquello. Su pierna siempre había sido así, una pierna como de goma metida dentro de una incómoda armadura de metal. Como no le dolía se olvidaba de ella a menudo, pero era una lata para muchísimas cosas. No había manera de jugar al fútbol, ni de correr por el parque, ni de subirse al tobogán... Adrián, que hubiera dado cualquier cosa por saber qué se sentía al hacer todo eso, odiaba a menudo esa pierna diferente y deseaba de todo corazón que no fuera la suya. Bea, por su parte, pensaba a veces que le cambiaría a Adrián la pierna mala por una de las suyas. Siempre que él, a cambio,

accediera a hacer un intercambio de padres. Porque Bea sólo quería unos padres que no pensarán todo el tiempo en el trabajo, unos padres que tuvieran, aunque fuera de vez en cuando, un rato para hacerle un poquito de caso.

Seguramente por eso, porque siempre estaban los tres un poco tristes, no les gustaban mucho a los demás compañeros. Nadie tenía ganas de jugar con Ana, que siempre estaba mustia y se ponía a llorar por menos de nada. Ni con Bea, que gastaba un genio de todos los demonios y tenía la mano y la lengua demasiado largas. Adrián les caía mejor, pero con él era imposible jugar al fútbol, la afición favorita de casi todos en el patio del colegio y en el parque del barrio. Casi sin darse cuenta, por pura necesidad, los tres solitarios habían llegado a hacerse amigos inseparables. Y desde que conocieron a Bruno pasaban las tardes sin acordarse de todo lo que echaban de menos, felices en un mundo de piratas en el que todo podía suceder.

Y ahora Bruno estaba muerto. ¿Cómo podía hacerles una cosa así? Bea resumió el asunto con su crudeza habitual:

–Se acabó el quiosco.

–Para nosotros, sí –estuvo de acuerdo Ana, soltando otro río de lágrimas.

–Sí –gimió Adrián–. Ahora lo llevará Virtudes...



Un estremecimiento los sacudió. ¡Nada menos que Virtudes! A menudo se preguntaban cómo había podido el bueno de Bruno casarse con esa mujer enorme y desgreñada, y, lo que es mucho peor, perpetuamente malhumorada. Cuando los encontraba haciéndole compañía a Bruno, irrumpía en el quiosco gruñendo:

—¡Largo de aquí! A enredar a otra parte...

Bruno suspiraba con resignación y decía:

—¡Déjalos, mujer! Si no molestan...

Pero Virtudes no los dejaba, y seguía gruñendo y maldiciendo hasta que Bruno, desesperado, les decía por lo bajo:

—Es mejor que os marchéis. A ver si mañana está de mejor humor...

Pero Virtudes nunca estaba de mejor humor, ni con ellos ni con nadie. Era el terror del barrio, incluidos los perros que se atrevían a asomar el hocico por la puerta del quiosco. Más de una esoba les había partido Virtudes en el lomo... Menos mal que muchas tardes se iba de visita a casa de su hermana, una mujerona tan malhumorada como ella, o de compras por el barrio, y los dejaba un rato tranquilos. Bruno aprovechaba estas ausencias para contar sus historias, seguro de que no iba a interrumpirle esa mujer terrible que, a partir de ahora, sería dueña y señora del quiosco. Aquel reino fantástico estaba a punto de desmoronarse,

y el palacio del rey quedaría irremediabilmente convertido en guarida de dragones. No habría más historias de piratas, ni más chucherías, y la sonrisa de Bruno no volvería a espantar a la tristeza...

Había oscurecido casi por completo y aún no habían encendido las farolas del parque. La humedad les había calado hasta los huesos, pero la muerte de Bruno les había congelado el alma. No tenían más remedio que marcharse aunque no tuvieran fuerzas, o Virtudes parecería un angelito comparada con la furia de sus madres. Se les había dormido todo el cuerpo de estar tanto tiempo sin moverse y, al ponerse de pie, Adrián estuvo a punto de caerse. ¡Maldita pierna! Le fallaba siempre cuando más falta le hacía... Bea y Ana, acostumbradas a aquellas cosas de la pierna de Adrián, le echaron una mano para mantener el equilibrio. Ateridos de frío y con el corazón lleno de tristeza, arrastrando entre los tres aquella pierna como si fuera un trasto viejo, emprendieron el lento regreso a casa.